

FRAGMENTOS...FREDI E. GOYENECHÉ

de Fredi Goyeneche, el Viernes, 22 de octubre de 2010 (a la 1:55)

I

Cuando las nubes se escondieron en mi mente no tuve dudas de que el rumbo se parecía al destino... era incierto. Las referencias de los lugares comunes no estaban en sus sitios rutinarios, o tal vez esos mismos sitios se habían confundido en el camino de los olvidos y de las zonas cercanas al delirio. Llovió todo el tiempo mientras buscaba el norte; al anochecer, la lluvia se transformó finalmente en una fina capa húmeda que transversalizaba el espacio como parte de su naturaleza oscilante.

Cuando se camina por los senderos de la incertidumbre uno podría andar con los ojos cerrados, traduciría el mismo resultado. Sin embargo, los mantuve bien abiertos y expectantes. Cualquier cosa podría ser una fuente de asombro aunque mantuviera un pensamiento premonitorio, así se inauguran las sorpresas, me diría. Los espacios vacíos me producen vértigos, es una sensación que la percibo desde la imaginación en una perspectiva que privilegia la altura... pero es lo mismo si la mirada se suelta como una manada de preguntas salvajes en un plano de gran profundidad de campo. ¿Dónde estará la última pregunta?. ¿Y la inicial?... ¿Era esa?

Recordé a Dante y sus círculos cercanos al infierno y las buenas intenciones que conducen a su centro de astrologías de papel maché.

II

Los buhoneros de las viejas fantasías del otro lado del mar siguen su camino con ojos desconfiados, desvirginados y ausentes de ingenuidades, pesan y miden con el soslayo. Nada es confiable como verdad, siempre habrá una nueva oportunidad para transformar la realidad al gusto y demanda del consumidor. Suspiros en una pausa de recodo. El cielo es oscuro, del color de la incertidumbre que pensaba. Los buhoneros repiten sus propias palabras gastadas en un intento incansable de mostrar las bondades de una paloma de bronce cuyo origen en un taller de Frigia a escondidas de la mirada de Midas, se moldeó con el fuego de los rayos del mismo Hefestos antes de la última luna de una primavera boreal de olimpiada florecida. Los árboles de los nuevos horizontes tiemblan con un frío que transita desde sus savias de prehistoria viva en letanías de lenguas muertas mientras los fantasmas de ruidos inarmónicos se escurren entre hojas que se mecen para concluir con caídas lentas, ondulantes y con diferentes grados de inclinación en relación a

la tierra tierna de hierba olorosa a monte en la que se depositan como mariposas en reposo. La brisa la descubro como una bocanada de satisfacción de un dios sensual y vívido que espantaba las agujas que parecían ser a veces las gotas de la llovizna, continuas y disciplinadamente en la misma dirección y sentido de las anteriores vistas a contraluz de destellos intermitentes de luciérnagas despiertas. Ya las nubes habían mucho antes desaparecido extraviadas y perpendicular hacia el centro de los misterios sin fórmulas de traducción abrigadas por las sonrisas de los duendes de los atardeceres y los flujos silenciosos de ríos de causes tranquilos que transcurren sin predicción, erráticos e impredecibles.

III

Ese caminar sobre calles humedecidas con ritmo y cadencia de llover sobre lo mojado, arrastrando con el pensamiento la imagen de un anacrónico enamorado que enfrenta el poder lanzando piedras de desesperación a los vidrios de bancos agiotistas que ocupan el espacio y el volumen donde antes estaban cafés y bares de sueños fantásticos, conversaciones interminables con promesa incluida y un whiskey barato que estimulaba la locura espontanea y sublime que se traduce en las emociones y las pasiones. ¿Quién podría estar ebrio y utilizar como burladero la razón o el juicio de la responsabilidad cuando lo que debería estar en su paroxismo es el disfrute lúdico de perder el juicio? La

penumbra del bar y el olor de perfumes de tierras extrañas y sudores conocidos, la voz de Sinatra que se desliza por todos los lugares del escenario metiéndose en las copas de daiquirís entibados por las manos que las atenazan, o en los vasos fríos con hielo polar para quitarle fuego al ron blanco cubano, o en los vinos tintos de mujeres solas con la esperanza acechante de una aventura que les sea dulce como vampiresas ávidas de sangre joven o finalmente, sangre en cualquier estado si es capaz de calentar la propia.

IV

Los fragmentos de sueños o de realidades pintadas de idealidades o sencillamente idealidades que aparecen como estaciones irregulares tanto en tiempo como en distancias. Como trenes de conductores estrábicos y de velocidad variable por cuyas ventanas se cuele el olor insípido del viento y los paisajes efímeros que no permiten concentrar una sola imagen sino una dimensión calidoscópica y anodina, el sopor del aburrimiento cae pesado como éter de efecto tardío, el sol está a punto de desaparecer detrás de los mismos sitios aunque haga parada en camino incierto, en el fin del mundo para verlo marchitarse. Bastante de voluble tienen los sueños cuando sus interpretaciones están cerca del corazón y tan distantes de la razón, entonces solo las pasiones tienen la clave de sus significancias, los sueños se tiñen del color de las ilusiones sin sentido y sin destinos conocidos.



Reaparecen los pájaros que vuelan al sur de las corrientes de los vientos que se fugan por el punto equinoccial donde se guardan los olvidos verdaderos.

V

Luego de la noche tan larga de insomnio que parecía convertirse en el nuevo estado del mundo, el horizonte estaba vacío. Durante un tiempo posterior al estallido del sol los pájaros extraviados volaron en círculos desconcéntricos hasta encontrar el centro inexistente hundiendo sus picos en la tierra de polvo fino con colores de arco iris de matices contrarios. La mirada recorrió lo que

adaptó al espacio orientado por los recuerdos atávicos e inmunes a los tiempos inciertos y a las lluvias ácidas; para tratar de comprender la idea de soledad, sin mares ni lunas que le dieran pista sobre dónde residían sus sueños, invoca con reverencia las oraciones a los dioses de todos los destinos. No hay vientos ni espantos. Las preguntas doctas y las respuestas eruditas se soslayaron derretidas sin amaneceres... no saben de diptongos y no importa la teoría de la relatividad, ahora se disolvió en lo absoluto y en el sonido persistente de las gotas de lluvias de los inviernos equivocados que permanecen por encima de los días sin brillo y definidos por el gris de las confusiones.

MI VIEJO RADIO...

de Fredi Goyeneche, el miércoles, 19 de mayo de 2010 (a las 2:19)

Creo definitivamente en la omnipresencia del internet, vengo de una generación que aun utilizó tubos al vacío para sus radios... fui la última, corrijo. Leí periódicos, algunas veces con el papel con la tinta corrida que salía de una vieja máquina que algunas veces merodeaba, más por curiosidad que por vocación. El ritual era ver a los periodistas armados como un equipo dándole toda la forma, aunque artesanal, a la noticia.

En las noches escuchaba radio y me perdía entre los señalamientos del dial sobre la sintonización precisa. Escuchaba otras

lenguas y la entonación que ponían a sus hablantes. Escuchaba jazz como si un ancestro me lo explicara para no perder el encanto de las improvisaciones aprendidas de los cantares y musicalizaciones de unos vecinos que no eran aborígenes de la tierra... eran vecinos cercanos del cinturón verde que nos rodeaba y de más arriba del Río que ascendían lentamente y sin prisas pero con su montón de música guardada en sus sentimientos rurales y sencillos.

En las noches o en el día, las chupa cobres me embelesaban siguiéndoles el destino a

sus notas musicales que bien podían salir de un bombardino estropeado por el tiempo y el uso, o por una trompeta que caminaba sola sin redoblante y persiguiendo al clarinete. Luego cambiaba y entonces venían unos acordes turbados por las interferencias, pero los primeros compases escuchados ya eran suficientes para alterar el ánimo. Así que colocaba el radio boca abajo, de lado por encima de mi cabeza o lo ponía en una mesa dándole giros hasta encontrar el centro de las voces y de las guitarras que acompañaban sus coros, así descubrí a los Beatles y se me sacralizaron en el evangelio pagano de la eternidad.

Otras veces, el dial, sin esfuerzos ni malabares, decantaba como guiado por duendes bondadosos desde donde salía una voz calidosa y fresca, tierna y medio triste pero sin angustia... era Astrud Gilberto que me enseñaba las expresiones dulces de las canciones de amor. O escuchaba una voz de inocultable tono caribeño que hacía saltar la mesa con sus gritos de alegría de animador de ánimas dormidas porque estaba presentando La Aragón. Mi vida fue relativamente normal hasta los catorce años. En la soledad e intimidad de un dormitorio de un joven solitario (fui hijo único) el espacio se fue llenando de gentes y fantasmas. A veces confundía un ser de verdad, de los del barrio, con algún personaje de mi caja de voces porque el timbre me sonaba conocido. Se transfiguraba la voz en el cuerpo imaginario de una mujer que recitaba o de un hombre

que narraba las peripecias épicas de algún héroe que venía navegando por un espacio desconocidos que mi padre me insistía en decir que eran las ondas hertzianas... me daba lo mismo ese tecnicismo... no me ayudaba mucho a contener esa imaginación desbocada de pretender conocer de qué forma estaba vestido el pirata de los siete mares cuya voz aplacaba la algarabía de los marinos y la sonrisa sincera de su heroína que dulcificaba las brisas del mar.

Mis amores con la radio se desbordaron con los transistores. Era una ceremonia de pasos lentos caminar por las calles de mi ciudad sin buscar pasos perdidos para concluir en una tronera de los cañones con que se burlaba desde ya con el juego de la historia recién inventada con su pátina de óxidos ferrosos y cobres enverdecidos. Desde allí veía el mar eterno y solidario con mis fantasías, mientras escuchaba las Voces del silencio que se dejaban arremolinar para cubrir cada espacio de mi cuerpo y de mis pensamientos.

Algunas veces escuchaba a Buck Cannel narrar, como en estrofas, los strikes y los jonrones de los mulos de Manhattan y vivía con pasión y sudores fríos mientras sentía el zumbido de los lanzamientos de Sandy Koufax ponchar uno tras otro a esos extraordinarios paleadores del Bronx.

Ese afán por saber cosas que sólo mi imaginación podía interpretar me llevó a un puberto, a la caja tonta, el gris y el blanco



como una revelación incompleta que siempre pensé multicolor, los colores siempre han sido importantes en mi vida. Vi personajes que me parecieron insulsos e inmateriales. Las primeras muchedumbre que se movían como en el cine, pero como actores de la cotidianidad lejana. Pero con el dramatismo que se congelaban en las páginas de fotos a color de la revista Life y en los periódicos que publicaban gráficas de la France Press o de la UPI. Después vino el color a las pantallas y pude ver ese inmortal dribbling de Pelé a Mazurkiewit en el mundial del 70.

Ahora estoy sentado aquí, frente a mi PC. La tecnología triunfó y debo reinventar mis fantasías. El mundo se volvió más real y más cercano. Ahora veo las noticias y la información más rápido, la insensibilidad se rinde ante lo constante fugaz, no hay tiempo para construir nostalgias... a veces me encuentro con verdades que nunca busqué aunque las intuía como una premonición presentida por puro instinto... y mi vida sigue su curso, con pocas sonrisas pero sin ninguna amargura.

MI PALO DE MANGO

Marzo 27 de 2010, al atardecer

La tarde decrece en medio de aires perfumados a flor de mango, la brisa es suave y mueve las hojas del árbol que sembré hace veinte años atrás. Lo cuidé con esmero y le regaba agua tiernamente mientras le hablaba. Había escuchado y leído sobre la relación de las personas y las plantas, especialmente en una película que había visto tal vez cuando tenía yo unos dieciocho años: La vida secreta de las plantas. Me parecía, desde lejos, que era una transfiguración esotérica, una teorización para mitigar el tedio, una tarea para viejos o solteronas. Sólo muchos años más tarde, en otra tarde como la de hoy, me descubrí mirándolo como si fuera mi hijo y hablándole con cariños sobre el bien y el mal de unas plaguitas blancas que vi sobre su tronco. Una sensación de acompañamiento me absorbió tan plena-

mente que igualmente escuché su voz tranquilizadora sobre su salud, y su risa restándole trascendencia a esa plaguita blanca, es como cuando tu tuviste acné, decía entre sonrisas. Caí en cuenta entonces, sin asombros y sin dudas, que esa camaradería había sido la forma de relacionarnos desde los días iniciales de su siembra, casi como un rito de fecundación y oraciones. Ha sido tan generoso en escuchar mis secretos y guardarlos aun en la época de dar frutos en que su generosidad sobrepasa lo imaginable y me da la impresión de que su felicidad se desborda en todas las formas en que puede expresarse.

A su sombra estudiaron mis hijas, a veces comiendo un mango tan dulce como los besos de sus labios dulces. Ha compartido conmigo

tantas lecturas y comentarios sobre estas, ha aprendido economía, Historia, política, filosofía... está actualizado sobre los indicadores económicos nacionales y me da sus comentarios sobre política internacional. Le encanta que le lea poesía y le gusta la música de los Beatles. Le fascina la lluvia y tengo la idea de que también le gusta escuchar jazz y porros. Algunas noches de rumba mis amigos perversos, que también los tengo aunque no en abundancia entre los que son, por ser amigos, escasos; esos que no nombraré, le enseñaron a tomar whisky y ron habanero en esas noches de luna llena cuando su padre se transforma en maraquero y en una sola risa. Aquí, cobijado debajo de sus ramas de bullicio, le he escuchado a Jairo Ayola las ideas que por insólitas creo que sólo se le pueden ocurrir bajo el influjo de sus hojas cuando las rozan las brisas del momento. Y Wilson me ha dado consejos que nunca sigo pero que me permito escuchar con rostro interesado de feligrés tranquilo. Y el Goyo viene y me dice que me deje de encierros y vámonos para la Bodeguita del Medio... y tantos estudiantes han estudiado bajo

su sombra de domingos plácidos. En días de sol intenso hemos almorzado juntos sopas de letras y ensaladas de tomate rojos, cebolla de Ocaña y lechugas frescas que me transportan a mis días de infancia cuando veía, desde el bus que me llevaba a la escuela pública donde estudiaba, a unos chinos cultivando sus hortalizas con la experiencia traída de esos lugares de misterios sencillos, era tan ordenados cada espacio de sus huertas, el olor de verdura se metía a través de la ventana y me alcanzaba el aroma hasta la clase de 9 a 10.

Algunos días mi palo de mango se nota triste, tal vez la ausencia de los pájaros que antes lo visitaban tan frecuentemente lo inducen a la depresión, pienso. Entonces le pongo música de la Fania, canciones que ponen a timbrar el gusto por la alegría, Lavoe, Rubén, un solo de bongoes de Pacheco o una bomba puertorriqueña, música caribeña como él, especialmente una que le conmueve su savia y sus raíces y sus pistilos: "Palo de Mango", de Eddie Palmieri. Ahora ya es de noche...

HABLAR CONTIGO

El martes, 13 de octubre de 2009, a las 20:29

Tengo tantas ganas de hablar contigo. Las palabras están encerradas en un espacio que las ahoga, se rozan entre sí y, sin embargo, no generan un murmullo, el silencio se escurre lento. Voces tersas como polvo de luna equinoccial sobre arcoíris nocturnales, aquelarres de ángeles virginales camino al

cadalso. Como lo intuyes, ya a esta hora me abandonó la dignidad de los pudores y sólo me reflejo en tu alma desnuda.

En la mañana vino el plomero, al medio día llegó el jardinero. Vinieron con sus palabras sencillas de hombres que santifican los



días con los sudores de todos sus sueños, despejando el humo de volutas imperfectas, ovoides irregulares, casi circulares, de mi Cohíba de nostalgias plácidas. Se fueron al atardecer y dejaron el patio repleto de frases y risas y maldiciones y olores de machos en celo que tenían en mente el polvo del anochecer tan claro como la luz del amanecer.

Entonces le hablé a las brisas que venían ya cansadas de los recorridos por todos los lugares del día, portadoras de los últimos ecos de las playas olvidadas, con sus cenizas de muertes sin ánimas y sin llantos para recordar los días que no se vivieron porque el tiempo fue escaso para fraguar memorias de desenfreno. Las sombras se dibujaron como tintas en papel transparente, como alas de mariposas mágicas.

La trompeta del perseguidor se arremolinará como un torrente de notas descompresadas de sus noches de lujuria para desorientar más aun el centro de lo extraviado. Por estos callejones milimetrados al abandono y a los fetiches de la soledad; por los senderos oscuros del camino cierto al pecado perfecto; en el aluvión azul de la última alucinación; por la calle recta que conduce a la catedral de los desvaríos...

Y esos deseos de hablarte y oírte, con palabras de sonidos tenues, suaves, tersos, incansables, piadosos, amorosos, eróticos, convexos, verdaderos...

Finalmente, las gotas espaciadas de un grifo mal cerrado llamaron mi atención...